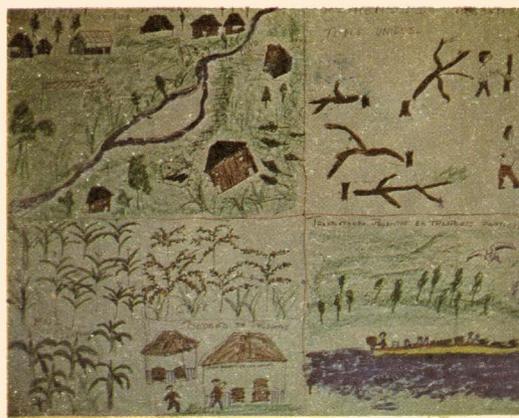
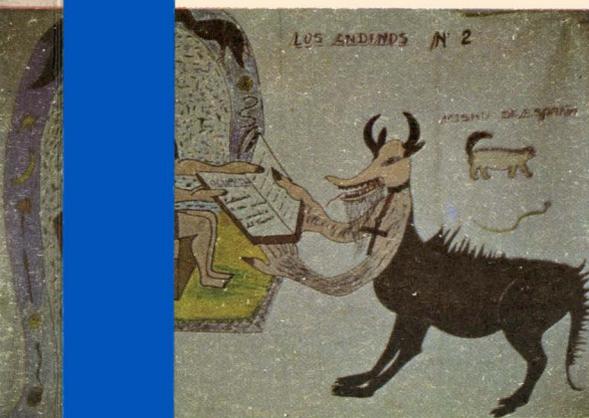


ecuador DEBATE

MAYO DE 1984

QUITO – ECUADOR



**RELIGIOSIDAD POPULAR
LA IGLESIA DEL PUEBLO**

5

\$ 5,00

ecuador DEBATE



R224-3048

QUITO - ECUADOR

ecuador DEBATE

COMITE DIRECTIVO:

José Lasso, Francisco Rbon Dávila, Lautaro Ojeda, Manuel Chiriboga, Jaime Borja.

CONSEJO EDITORIAL:

Galo Ramón, José Sánchez Parga, Manuel Chiriboga, Francisco Rbon Dávila.

COMITE DE REDACCION:

Andrés Guerrero, Fernando Gutiérrez, Carlos Jara, Iván González, Víctor Hugo Torres, Hernán Rodas, Francisco Gangotena, Carlos Arrobo, José Mora Domo, Antonio Guzmán, Adolfo Rutz.

DIRECTOR:

José Sánchez Parga

DISEÑO:

José Mora Domo

DIAGRAMACION:

Juan Calderón N.

BIBLIOTECA



CAAP

Portada: Dibujos FOIN
(Archivo CAAP)

PRECIO: 150 sucres

ecuador DEBATE

NOTAS

1. *La Colección ECUADOR DEBATE es una publicación del Centro Andino de Acción Popular CAAP, bajo cuya responsabilidad se edita.*
2. *ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:*

	<i>Suscripción</i>	<i>Ejemplar Suelto</i>
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 10</i>	<i>US\$ 3,50</i>
<i>Otros Países</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Sucres 400</i>	<i>Sucres 150</i>

(En todos los casos incluye el porte aéreo).

3. *La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B, Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Av. Las Casas 1302 y Arias de Ugarte. A esta dirección deberán enviarse las solicitudes de suscripción, compra de ejemplares sueltos y solicitudes de canje de similares.*
4. *El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité de Redacción.*
5. *Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.*
6. *El material publicado en la Revista podrá ser reproducido total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.*
7. *El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.*

índice

	Pág.
EDITORIAL	5
COYUNTURA	
PROCESO ELECTORAL Y FUTURO POLITICO	9
Luis Verdesoto	
ESTUDIOS	
RELIGIOSIDAD POPULAR Y RELIGION DE ESTADO	29
J. de Olano	
COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE: UN FENOMENO ECLESIAL Y POLITICO	38 ✓
Hernán Rodas	
VISION PASTORAL DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR	56
Angel Salvatierra	
RELIGIOSIDAD POPULAR: REFLEXIONES CRITICAS SOBRE UNA EXPERIENCIA	82
J. Comblin	
RELIGION Y FIESTA ANDINAS: RECONCEPTUALIZA- CIONES	92
J. Sánchez-Parga	

ANALISIS Y EXPERIENCIAS

EL MUNDO RELIGIOSO DE LOS SHUAR VISTO DESDE AFUERA	109
Juan Botasso	
EL MUNDO RELIGIOSO DE LOS SHUAR ESTUDIADO A TRAVES DE LOS MITOS	115
Siro M. Pellizaro	
LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS EN LAS COMUNIDADES INDIGENAS DE LA SIERRA	125
Lucía Zalamea	
LA RELIGIOSIDAD POPULAR DESDE LA IGLESIA EVANGELICA	134
Víctor Hugo Vaca	
LA RELIGIOSIDAD DEL NEGRO ESMERALDEÑO	143
Bertha Isabel García F.	
JERARQUIA ECLESIASTICA Y RELIGIOSIDAD POPULAR	149
Entrevista a Mons. Luna Tobar	

**análisis y
experiencias**

JERARQUIA ECLESIASTICA Y RELIGIOSIDAD POPULAR

Entrevista a Mons. Luna Tobar

ECUADOR – DEBATE: Monseñor, cómo enfoca la jerarquía eclesiástica este fenómeno relativamente nuevo de la religiosidad popular?

MONS. LUNA: Para la jerarquía todo lo relacionado con la religiosidad popular, a pesar de que las formas que adopta en la actualidad son muy específicas y diversas, no constituye un problema nuevo, aunque los cauces de solución tengan características novedosas porque nuevos son sus planteamientos.

A través de los tiempos, la religiosidad popular ha tenido distintos nombres, que respondían a diferentes maneras de concebirla. Se la ha llamado piedad o expresión popular de la fe. Hoy hemos encontrado un término que quizás ha madurado en América Latina, como muchas de las nociones presentes de la teología católica. La idea de religiosidad popular tiene un contenido muy profundo, muy rico en valores, que deben ser todos individualmente estudiados y que parecen concentrarse en la idea de comunidad. La religiosidad popular es la expresión de fe del pueblo; por lo mismo, es esta asociación de ambos términos, lo religioso y lo popular, la que condensa el sentido del fenómeno.

La fe tiene o busca expresiones a la medida de la intensidad en la que se la vive y la intensidad de la fe tiene variantes de acuerdo a la orientación que pedagógicamente, evangélicamente, se la da a esa fe. Cuando se predica una fe para llenar de contenidos intelectuales la mente de los fieles, la religiosidad que nace de esa predicación será de tipo muy académico. Si en cambio se predica una fe en un ambiente de tales o cuales condiciones sociales, una fe que se entronca directamente en esas condiciones sociales, la expresión de fe que nace de esa predicación será una religiosidad con voces, con idiomas y con una expresión social muy diferente. Las condiciones y circunstancias de los destinatarios del mensaje evangélico, su cultura y situación social, determinan la respuesta de la fe y las características de la religiosidad de un individuo o de un grupo.

Pienso que la religiosidad popular tiene una calificación y una expresión cuyos orígenes deben encontrarse en la fuerza de las condiciones sociales en las que la comunidad y el individuo reciben el mensaje. En el momento actual, que es muy especial para la Iglesia Latina, siguiendo los cauces trazados por Medellín y los que

Puebla ha señalado más profundamente, los pastores han tenido una preocupación profunda sobre la realidad y proyección social de la religiosidad popular, porque ella es hasta cierto punto el termómetro de la evangelización.

Como haya sido la evangelización será la religiosidad del pueblo y de cualquier grupo, habida cuenta del elemento nativo original y de las condiciones sociales de quienes reciben el mensaje. Por otra parte, sabemos que hay culturas que se estacionan, que se supeditan a sus circunstancias de tiempo y de espacio, que no se promueven y por lo mismo puede haber fuerte contraste y discordancia entre el ambiente en el que se coloca un crítico y el que se vive desde la experiencia religiosa del pueblo. Por esa razón no se puede juzgar ni menos criticar, ni tampoco profundizar en los valores o antivalores de una expresión de la religiosidad popular, sin estar plenamente encarnados en su ambiente.

ECUADOR – DEBATE: Según usted mismo dice no basta comprender las condiciones sociales y culturales del pueblo para adaptar a él el mensaje y la evangelización, sino que parece ser necesario recuperar e integrar los elementos propios de ese pueblo y de esa cultura y que son indisociables de formas religiosas también muy propias.

MONS. LUNA: Dicha integración debe realizarse partiendo de un principio; no se trata tanto de un problema de adaptación a la verdad a la mentalidad humana; la verdad es una y la persona humana es otra; y ambas realidades representan valores intocables e inalterables. La verdad que se transmite no admite cambios, es una sola, tal cual ha llegado al hombre. Por otra parte, el hombre y la comunidad a quienes se evangeliza poseen un valor moral que hay que respetar. Es el modo en el que se entrega el mensaje a esta comunidad el que es susceptible de adaptaciones de tiempo, de condiciones sociales, de formas propias de lugar. Y el modo de llevar al pueblo el mensaje del Evangelio no puede ser un modo que nazca del evangelizador; ya que éste sería un modo arbitrario e impositivo; sino que tiene que ser un modo propio del evangelizado. San Pablo definía ya el comportamiento del Evangelio y de los evangelizadores: "hacerse todo a todos para ganarlos a todos".

ECUADOR – DEBATE: No cree que se trata de algo más que de un modo? No cree que los contenidos del Evangelio no necesitan ser transmitidos, sino que están ya dados de alguna manera en la misma religiosidad del pueblo?

MONS. LUNA; Es exacto; todo dependerá del entendimiento que demos a la palabra **modo**, en cuyo sentido puede haber una diferencia, ya que no me refiero a valores modales circunstanciales, sino a lo siguiente: cuando se entrega la verdad, se descubre que ella se manifiesta ya en el corazón, en la naturaleza del individuo o del grupo que la recibe; tal entrega se verifica suscitando los valores y las verdades que ya están realmente dentro de las personas o de los grupos; sembrar la semilla de la Palabra de Dios es una metáfora que indica que su fuerza germinativa se encuentra ya radicalmente en todo ser humano. Por eso no hay contraposición entre el mensaje del Evangelio y un hombre o grupo social como sus destinata-

rios. Creo que en el hombre y en los grupos sociales que se ponen a la escucha de la palabra del Evangelio, están ya presentes los valores y las verdades predicados.

Pero cada persona y cada grupo condicionados a su propio medio, a su cultura y se tiene que encontrar la manera de vitalizar dicho medio y dicha cultura, despertando lo que está dormido, suscitando lo que está en el fondo.

Es en esa perspectiva de trabajo de nuestra misión que nos encontramos con la religiosidad popular. Hemos dicho que todo contenido de fe exige una expresión, que esa expresión en sus líneas principales y grandes contenidos constituye todo lo que llamamos religiosidad popular; pero es evidente que en el momento que una persona o grupo comienzan a expresar lo que la fe les sugiere, con esa sugerencia van saliendo todos los valores de la persona y del grupo y se van dando una proyección hacia Dios, con toda su capacidad y con todas sus necesidades; y entonces hemos de encontrar que toda expresión de religiosidad popular lleva consigo gratitud y súplica.

Educar a la gente para la identificación propia, es llevarles el Evangelio para que se den cuenta de su valor y, desde su calidad de "piedra desechada" por los arquitectos, pero piedra fundamental, construyan su realidad de Iglesia. Esto es un desafío gravísimo y difícil en nuestra pastoral: hacer que las personas valoren lo que son, lo que tienen; no es un cambio tan difícil enseñarles a canalizar sus necesidades y su súplica; en la gente especialmente primitiva la súplica es espontánea, cargada de naturalidad; somos nosotros, los alambicados por las culturas de otro tipo, los que suplicamos cosas verdaderamente sofisticadas, poniendo en jaque así a la Providencia, para que juegue entre lo natural y lo que llamamos sobrenatural, lo extraordinario. Pero la gente sencilla suplica lo que realmente es necesario.

ECUADOR – DEBATE: Usted es consciente del desafío pastoral que implica para la Iglesia toda una revisión de su discurso religioso, del contenido y forma de la ritualidad y prácticas sacramentales de la Iglesia Católica; sin embargo se nota en el lenguaje de los hombres de Iglesia, y se observa en este folleto, que por otra parte parece excelente sobre Pastoral ecuatoriana, la supervivencia de una terminología todavía distante y ajena a las experiencias y expresiones del pueblo y de su misma religiosidad.

MONS. LUNA: No lo niego. Y en realidad para muchos de nosotros es un tema de diario examen de conciencia. Toda teología tiene su terminología. El más grande problema personal de muchos de nosotros es el de encasillar a Dios en una palabra o en un vocabulario. Que nosotros utilicemos términos que no va a entender nuestro pueblo, el sujeto social de la religiosidad popular, no lo niego; pero por un lado son términos que tienen por su tradición, por sus raíces teológicas y bíblicas, un sentido ya muy adquirido, después de muchos siglos de haber recorrido por los labios de grandes mayorías humanas; por otra parte, tras el uso de esta terminología, hay, sin duda, un empeño de catolicidad, de haber llegado a comprendernos por hablar un lenguaje religioso común a todos los pueblos y a todas las épocas.

Es evidente que en muchos casos tal terminología no sea ni fácilmente comprendida ni tampoco aceptada. Pero la experiencia que nosotros tenemos en este momento de teología latinoamericana, de anunciar la Buena Nueva de Dios, de revelar a nuestro pueblo su propia verdad y su destino, nos permite creer que este pueblo comprende de manera inmediata y lúcida los contenidos del mensaje y que tiene preparación para aceptar su sentido.

El vocabulario que hemos heredado de la tradición de la Iglesia sigue siendo necesario, pero también es posible renovar su sentido. Cuando uno examina y analiza la calidad más adecuada de un término y comienza a buscar nuevas traducciones, sentidos parecidos o análogos, pero en expresiones más actuales, se confiesa sinceramente que no siempre es tan fácil encontrarlos.

ECUADOR – DEBATE: Quizás no se ha pensado que el pueblo mismo pueda ofrecerlos tanto en su lenguaje como en sus experiencias?

MONS. LUNA: El pueblo ofrece indiscutiblemente muchos de los términos que en este momento están en el argot teológico del mundo. Nacidos del pueblo y muy concretamente del pueblo latinoamericano, son no sólo un vocabulario, sino experiencias religiosas que se están imponiendo en el mundo. No nos hemos dedicado especialmente a esta tarea y no hay empeño lingüístico entre los predicadores del Evangelio en este momento, pero creo que si uno tuviera empeño y capacidad o afición, podría encontrar mucho material para un análisis semántico y lingüístico de una nueva manera y un nuevo estilo de predicar. Tarea ésta que me parece tan importante como interesante.

ECUADOR – DEBATE: Una pregunta relacionada con ésta: si no hay discurso que no responda a una institución, no cree usted que este desafío al discurso evangélico supone también un desafío y un cuestionamiento a las instituciones de la Iglesia: sus ritos, su sacramentalidad, sus normas de moral, la forma de sus fiestas? No contradice en ocasiones la religiosidad popular los cultos de la Iglesia?

MONS. LUNA: La pregunta es honda y dicha pregunta responde a una de las grandes preocupaciones de la Iglesia de todos los tiempos. Cuando nosotros éramos jóvenes y se nos daba clases de predicación, de oratoria eclesiástica, sentíamos ya entonces (hablo de cuarenta años atrás) una rebelión muy grande, porque se nos quería enseñar a predicar dentro de un esquema que era literario, un esquema doctrinal e institucional, con una racionalidad argumentativa muy particular, según la cual tales premisas deberían llevar a tales conclusiones.

Muy distinta es la preparación que hoy exige al predicador del Evangelio, el cual lo que tiene que aprender es a dialogar con su comunidad. Cuando el diálogo es auténtico y realista, la comunidad comprende y acepta; más aún, exige de sus pastores una competencia para captar sus problemas, para plantearlos y buscar soluciones juntamente con su comunidad. Es admirable el sentido común de las comunidades y la lógica sobrenatural que muestran en el discernimiento de su fe y de sus experiencias de vida. Si uno falsea el tema, si uno no habla con sus mismas palabras

y con la misma tesitura evangélica, el pueblo le interrumpe a uno con una mirada, con una actitud o con una palabra. Es buena esta iniciativa del pueblo de Dios: su manera de desafiar a sus pastores, de hacerles ver que se salen del mensaje . . .

ECUADOR – DEBATE: Al referirme a las instituciones del discurso evangélico, quería preguntarle a usted cómo se conjugan o cómo se enfrentan la ritualidad y los sacramentos de la Iglesia con los que practica el pueblo?

MONS. LUNA: Es indiscutible que todo depende del valor que le damos a la religiosidad popular. Una frase de Juan XXIII cuando convoça al Concilio Vaticano II nos ofrece la respuesta adecuada a esta pregunta.

“El regreso a las fuentes”, al origen de la Iglesia y simultáneamente a la conciencia y experiencia del pueblo; esa conciencia del pueblo, ese valor del pueblo, son instituciones para la Iglesia, que ella tiene siempre que respetar. Todo lo que se ha dicho sobre tradición como fuente de doctrina, lejos de excluirlas, nos muestra que, entre tradición y religiosidad popular, hay estrechos puntos de relación, flujos y reflujos e intercambios de múltiples valores. Porque no hay menor duda de que en la religiosidad popular, las expresiones mantenidas por la fe del pueblo a través de los siglos, conforman la estructura de un contenido de fe, que clásicamente se llama tradición.

En este orden, Cristo actuó desafiando la tradición judía, por encontrarla en bases, adulterada en sus orígenes, en sus mismas fuentes y, al constituirse en sacramento, abolió todos los sacramentales judíos, significándonos que ya no habría más sacramentos que aquellos que se refieren a su persona y que son los que, al mismo tiempo, se relacionan con los más viejos valores de la persona humana. En esta cristología en la que se funda la Iglesia y toda su sacramentalidad, hay una clara línea antropológica, evidente y meridiana: en todo sacramento, signos del amor de su Padre, Cristo revela y exalta valores y realidades del hombre. Recorriendo desde el bautismo, rito inicial de limpieza en toda la historia de la humanidad, hasta la ofrenda eucarística de los frutos de la tierra, se siente la intención de Cristo: forma nueva y sentido nuevo para todas las más viejas valoraciones humanas.

ECUADOR – DEBATE: Como usted decía, al principio de la entrevista, la Iglesia debe recuperar las condiciones de las comunidades populares, su misma marginalidad, incluso sus condiciones de explotación, para integrar todos estos aspectos en la reflexión de la fe y del mensaje evangélico. Pero esto implica en muchas circunstancias un proceso de concientización, que lleva en determinados casos el desarrollo de una conciencia política. en qué medida asume la Iglesia y la pastoral este proceso y tales consecuencias?

MONS. LUNA: Debo decir en términos categóricos y terminantes que si la Iglesia es evangélica, en todos los límites de su influencia y en todos los órdenes de su presencia, no puede menos de admitir que el Evangelio lleva al compromiso político. Esto es indiscutible; el Evangelio exige de quien lo sigue el que se comprometa políticamente por la causa del hombre.

Ahora bien, en la predicación evangélica hay una enseñanza fundamental; precisamente de la riqueza de esa enseñanza nace la urgencia del compromiso político; una enseñanza profunda de los valores y del destino del hombre también en este mundo. Por esta razón la Iglesia no tiene miedo de que un evangelizado —pensemos en los miembros de las comunidades de base—, opten por una línea política, porque sabe que en la posición política que adopte ese hombre y esa comunidad, se colocan en la línea del Evangelio.

De esto no hay ninguna duda; pero acontece un problema. Cada partido quiere bautizar el Evangelio, apadrinarlo. Y vemos que en la actual estructura de las relaciones humanas, es muy difícil actuar políticamente al margen de cualquier partido. Y sin embargo no hay partidos, por muy grandes y antiguas que sean sus tradiciones políticas en todas las naciones, que en este momento no estén en crisis. Y entonces el problema surge al tratar de conjugar todos estos factores: crisis actual de los partidos políticos por una parte, exigencia de compromiso político desde el Evangelio por otra, necesidad de predicar y vivir un Evangelio de manera plena pero sin vinculaciones ni exclusiones partidistas; la politicidad del Evangelio debe ser sin paréntesis, abierta, radical, pero sin falsos compromisos políticos. No hay que acobardarse de la politicidad de la fe, y eso se lo pedimos a Dios todos los días con humildad; porque si por una parte estamos predicando un Evangelio íntegro, tampoco podemos garantizar que el Evangelio sea siempre seguido hasta este punto radical. Pero él, por sí mismo, sí lleva a la acción pública y política.

Pero otra cosa muy distinta, repito lo de antes, es que el Evangelio tenga un partido político, sea asociado o asociable a un partido político: la universalidad y radicalidad, aún políticas, de su mensaje, serían contradictorias con la misma idea de partido. La contradicción sí puede surgir, ya que mientras por un lado se predica la exigencia del compromiso político del Evangelio, la necesidad de comprometerse pública y políticamente, por otro lado, induce a que se metan en comunidades políticas que no tienen nada de comunidades cristianas. Ese es nuestro gran riesgo. Pero tampoco sería justo que nos cruzásemos de brazos y digamos por miedo a tal o cual partido, por miedo a tal o cual consecuencia o elección, que no se siga el Evangelio hasta la radicalidad del compromiso político. Cristo nos escupiría en el rostro.

ECUADOR — DEBATE: Me parece muy original y casi audaz lo que usted parece definir como el componente politizador del Evangelio. Pero en este tipo de tesis sostenida hoy, sobre todo en América Latina por mucha gente de Iglesia, no parece sin embargo compartida por muchos miembros de las jerarquías eclesiales, donde lo político aparece como un tabú peligroso para la misma dinámica cristiana y evangelizadora.

MONS. LUNA: Tiene toda la razón. A mi me consuela por una parte el hecho que sea la línea de Vaticano II, la línea de Medellín y de Puebla, y la línea del Papa. Intérpretes del Evangelio los hay muchos, y desgraciadamente la libre interpretación es mucho más universal de lo que queremos; hay ultraconservadores que interpretan

a su modo el Evangelio, hay otros, llamémosles de ultraizquierda, que también interpretan a su modo el Evangelio. Yo siempre he tenido mucho cuidado de no meter mis pensamientos en las líneas de otros, porque son de otros, sino de vivir en la Iglesia, estar en el pensamiento de la Iglesia. Yo pienso que muchos obispos estamos en la línea que le acabo de describir.

ECUADOR — DEBATE: La línea del Papa actual parece mas bien ser contraria a la practicada por muchos sectores y obispos progresistas. Y hasta se diría que el Papa actual tiene dos líneas: una cuando habla de Polonia y otra cuando habla de América Latina.

MONS. LUNA: Nosotros solemos decir que hay un abismo entre la política y lo político; lo grave es utilizar el neutro, cuando no se debe utilizar, y no utilizar el femenino cuando se debe.

ECUADOR — DEBATE: Pero no serán éstas sutilezas del lenguaje?

MONS. LUNA: Si pueden ser. Pero creo que si uno es sincero, no aprovecha las sutilezas del lenguaje para rehuir la gravedad del problema. Mi misión de sacerdote es orientar a todos los que tienen intervención política, que se meten en la organización de grupos políticos y que actúan en las tramoyas políticas de los partidos. No creo que nuestra misión pueda ir más allá de dar la idea fundamental del Evangelio, para que lo pongan al servicio de la comunidad. Es el mismo Evangelio que nos lleva a la obligación comunitaria, a enseñar todo lo que el Evangelio tiene de contenido comunitario, para que el político lo ponga al servicio de su comunidad.

ECUADOR — DEBATE: Reconozco que si la misma politicidad del pueblo, o lo que usted llamaría lo político, rebasa las actividades políticas de los partidos o las prácticas habituales de la política nacional, sin duda con la misma o mayor razón quizás también la politicidad del Evangelio y la religiosidad del pueblo rebasen las políticas partidarias. Pero hay momentos o movimientos de politicidad, como aquellos de liberaciones populares o nacionales, en casos revolucionarios, donde la presencia de la Iglesia y del Evangelio no puede estar ausente ni descomprometida.

MONS. LUNA: Así es. No puede estar ausente. Si nosotros examinamos la vida de Cristo, no podemos abstraernos de ninguna situación en la que se encuentre el pueblo de Dios. Ser pastor y sacerdote para dirigir al pueblo, sólo en el momento de paz, en las situaciones de aparente serenidad, de equilibrio y bienestar, ser un sacerdote sentado en la cátedra, me parece muy duro y triste destino.

Cristo dice que vino a poner fuego en el mundo, y que está impaciente hasta ver que se encienda. Esta frase de Cristo yo puedo entenderla de muchas maneras, según me convenga, pero cuando la medito profundamente, cuando la oigo decir, "no he venido a traer la paz, sino la guerra", cuando recuerdo un Cristo que no acepta injusticias, cuando veo que a Cristo no le importaba que sus discípulos hambrientos se coman unas espigas mientras los ritualistas los creen sacrílegos; entonces le siento a Cristo gritándome y pidiéndome que esté en el grito de los que gritan. Có-

mo yo puedo entonces quedarme callado? Cómo puedo yo dejar que sucedan muchas cosas si mi palabra, ésta que dirijo al pueblo que sufre, no está llena de su mismo sufrimiento?

Sin embargo reconozco que es muy difícil, en los casos concretos, dejar de actuar por un lado y por otro criticar la actuación de los demás. Lo más cómodo en el mundo es ser ultracanónico; pero si el Señor se hubiera dejado impresionar por las filacterias de los doctores de la Ley, no hubiera llegado a decir lo que nos dijo, y lo que todos defendemos: que uno sólo es el mandato y la ley del amor.

Sostener esto, cuando las filacterias exhibían tantos preceptos y, cuando más largas, más justísimos y santos se creían los que las llevaban, es un atrevimiento. Y si seguimos el ejemplo de Cristo tenemos que seguir también su atrevimiento, aunque este atrevimiento nos signifique lo que significó para él.

ECUADOR — DEBATE: Las comunidades de base rurales y urbanas en el Ecuador. ¿qué perspectivas tienen y a qué dinámicas responden según su opinión?

MONS. LUNA: Entiendo que en el Ecuador hay más comunidades de base, tanto urbanas como rurales, que lo que aparentemente se puede pensar que hay. En parte, porque se han ido formando un poco a ocultas, o un poco timoratas, o un poco al margen de lo que se suele llamar o conocer por el nombre de autoridades eclesíásticas. Pero desde el momento en el que nos hemos hecho presentes los obispos cerca de ellas, esas comunidades han demostrado en primer lugar su espíritu eclesial y su adhesión y fe en la Iglesia; y pienso que en el Ecuador, sobre todo en el campo, crecen y crecen muy evangélicamente y muy solidariamente las comunidades de base, y con más fuerza de la que imaginamos. Ciertamente, mucho más que en las ciudades.

No sé si todos mis hermanos obispos piensan igual, pero creo que en las ciudades el proceso evangelizador es mucho más difícil que en el campo por razones obvias. Y nosotros debemos confesar que nuestro trabajo en la mayoría de las diócesis ha sido en buena hora entre los campesinos, y más fructífero que entre las poblaciones de las ciudades.

A la gente de la ciudad la hemos tenido de hecho como nuestra, y hemos tenido grandes fallas en muchos órdenes de la pastoral urbana; especialmente en éste que es fundamental: el de la formación de comunidades de base. En la pastoral rural, desde el primer momento, de Medellín a nuestros días, al menos de lo que puedo decir de ésta mi Diócesis y de sus dos grandes empeños, se ha logrado mucho: la catequesis de fondo y la formación de comunidades cristianas de base.

ECUADOR — DEBATE: Quisiera usted añadir algo que pudiera ser interesante para completar la temática que hemos conversado?

MONS. LUNA: Estas declaraciones son todas muy sinceras y fruto de la experiencia de mis años de Obispo; especialmente del período que he vivido como Arzobispo de mi Diócesis.

Durante mi larga vida pastoral que comencé a los 22 años, pues tengo ya 38 años de vida como sacerdote, la Providencia me tuvo casi siempre en la ciudad de Quito. Entonces tuve que relacionarme más bien con un medio capitalino y también con determinados sectores sociales, de ahí que mi visión de hombre del mundo y de la Iglesia estuviera muy condicionada. Pero consideré que al darme el Señor el Episcopado me pedía una entrega al más pobre y al campesino de modo especial. Y siempre me entendí bien con el campesino, a pesar de que mi vocación religiosa como miembro de la Orden de los Carmelitas Descalzos, me colocara en un trabajo ciudadano. Y después como Obispo Auxiliar de Quito tuve una buena escuela episcopal en el Cardenal Muñoz Vega, el cual me dio una amplia libertad de acción, lo que suponía una gran confianza en mí. Tuve que dedicarme a las exigencias protocolarias, pero también tuve la gran posibilidad y la gran suerte de poder recorrer casi un ochenta por ciento todos los pueblos de la Arquidiócesis, y meterme entre los campesinos. Nunca me imaginé que la exigencia de Dios iba a ser tan grande conmigo, como al venir a la ciudad, calificada por todo el país como la más aristocrática del Ecuador, Cuenca.

Me dolía en el alma cuando me decían que a Cuenca mandan a un Obispo que la ciudad requería, como si me enviaran aquí para responder a los orígenes de mi familia y a cultivar a los notables de Cuenca. Se me recibió muy bien aquí, pero el Señor me entregó a quienes me habían destinado: al campesino azuayo. Y todo el mundo sabe esto. Casi no me encuentran en Cuenca, porque saben que acompañado por alguna mulita —cuánto amo a las mulas que me han llevado por todos los rincones del Azuay; me han tocado las más raras y difíciles, pero siempre enormemente fieles y seguras— he recorrido todos los rincones de la Arquidiócesis, llegando a mis campesinos y al Evangelio que ellos me han predicado.

Realmente aquí me he encontrado como un Obispo convertido; yo me siento convertido por los campesinos, cambiado por ellos. Y es ahora, que siento profundamente la necesidad de comulgar con sus necesidades, y una urgencia interior de identificarme con la sencillez de su mirada, de su palabra de Dios, que la tienen en sus almas . . .